

BLOC DE NOTAS

Kiš y el homo poeticus

El escritor de Subotica defiende la verdad de la literatura y combate los lugares comunes en sus ensayos póstumos

LUIS M. ALONSO

Siempre ha habido grandes tradiciones, grandes literaturas y también lenguas menores y pueblos chicos, igual que hay billetes grandes y pequeños, dijo Ivo Andrić. Danilo Kiš citaba a uno de los monstruos sagrados de la cultura yugoslava para reivindicar al *homo poeticus* frente al *homo politicus* y el mito gastado de que los eslavos del sur y “demás magiares” tendrían que renunciar a la gran literatura, conformarse con las traducciones de los clásicos rusos y con divertir al mundo con sus problemas político-exótico-comunistas. Antes de que se desencadenase la guerra en Yugoslavia, Kiš, que escribía en serbocroata, murió prematuramente de un cáncer en París como uno de los grandes talentos invisibles de la literatura.

Homo Poeticus –la colección póstuma de ensayos que como la mayor parte del resto de su obra traducida acaba de publicar Acanalado– es la constatación de su poderosa escritura. Igual que muchos autores centroeuropeos, Kundera, Gombrowicz, Kertész, Szymborska, proyecta en sus libros el significado del caos en una época convulsa del continente: las dos guerras, la invasión, la ocupación y la aniquilación totalitaria. Todo ello sin renunciar a la herencia modernista de Joyce. De hecho no es diferente del propio Joyce, de Bruno Schulz, de Kafka o, en otra forma de verlo, de Koestler. De todos ellos hay un rastro significativo en Kiš. Y, además, está la influencia Borges, que le valió acusaciones de plagio de sus enemigos.

Hijo de un judío húngaro asesinado en Auschwitz en 1944 y de una montenegrina cristiano-ortodoxa, supo adaptar la visión del terror estalinista, la lucha contra el nazismo o el Holocausto a la gran poesía, y jamás sacrificó una sola frase a los lugares comunes. Sus novelas y sus relatos están exentos de sequedad narrativa aunque no dejó por ello de situar en un primer plano he-



chos y material documental como ocurre en **Laúd y cicatrices**: archivos de la policía, correspondencia, horarios de trenes, certificados de nacimiento, con el fin de atraer al lector hacia una relación más imaginativa con la historia que fomentaba por medio de las palabras, creando en ocasiones una atmósfera literaria de belleza sobrecogedora.

Cuando en 1976 se cita en el café Intercontinental de Zagreb con el deportado Karlo Štajner, superviviente de un gulag y autor del libro **700 días en Siberia**, que a Kiš le había servido de valiosa guía para escribir **Una tumba para Boris Davidovich**, lo primero que Štajner le pregunta es si podría corregir en una posterior edición la secuencia de la novela en la que el protagonista se paseaba por la noche alrededor del Kremlin. “A cualquiera que hubiera merodeado entonces por allí, sobre todo un extranjero, como es su personaje, lo hubieran detenido inmediatamente”, le dijo. Esa frontera entre la imaginación y el sufrimiento ha estado siempre presente en su obra tan reflexiva como deslumbrante a ratos.

En **Homo poeticus**, que contiene ensayos y entrevistas a modo de biografía literaria, Kiš profundiza en las trampas intelectuales del compromiso en la escritura que han empujado tantas veces al artista a convertirse en un animal político. Así ocurrió en aquella federación de repúblicas de Tito, entre los *serbios croac-croac*, los *yugoslavacos*, como él mismo ironizó. El ser humano se reduce a una criatura unidimensional y pobre de espíritu dispuesta a contarle el mundo de manera incesante sus miserias, haciendo que la poesía salga derrotada y pase a ser un privilegio exclusivo de los ricos.

Entonces no podía imaginarse del todo el escritor de Subotica hasta qué punto los hechos que se produjeron más tarde en Yugoslavia le darían la razón. Tampoco vivió lo suficiente para ver el desastre en toda su magnitud, pero ya tenía pruebas para saber hacia donde se dirigía la delirante disputa nacionalista. “(...) La literatura, la poesía, es un dique contra la barbarie, y, aunque la poesía quizá no amansa a las fieras, al menos sirve para algo: le da un sentido a nuestra vana existencia”, escribió.

TINTA FRESCA

El éxito es la mejor venganza

Marcelo Luján recrea en su novela “Moravia” una tragedia implacable

TINO PERTIERRA

El lugar: Argentina. El tiempo: febrero de 1950. El personaje: Juan Koscic, un bandoneonista al que le sonrío el éxito. Los hechos: un regreso al lugar donde nació. La realidad: se fue de allí quince años atrás. Quince largos e intensos años. Su compañía: su esposa y su hija pequeña. Sus intenciones: una vuelta a sus orígenes de incógnito. De puntillas. A escondidas, casi. Nadie sabe su nombre. Nadie sabe quién es. Llega a la pensión que regenta su madre desde hace cuatro décadas en Colonia Buen Respiro, un pueblo atrapado en el callejón sin salida de La Pampa. ¿Qué pretende Juan Koscic? ¿Por qué tanto secreto? ¿A qué viene esa actitud esquiva? Muy sencillo: lo único que desea es demostrar a su madre que logró el éxito trabajando en algo que ella rechazaba porque no creía en su talento.

El ambicioso y vengativo Koscic tiene mucho dinero. Y mucha arrogancia y vanidad. Mezclado con el rencor, el resultado es altamente tóxico. El lugar al que llega es todo lo contrario: un pueblo de campesinos, pobre y con el orgullo por los suelos. Su único propósito en semejante viaje es una venganza por la vía de la burlade quien no confió en su talento artístico. Claro que el hombre propone y la vida dispone por la vía trágica.

Moravia empezó a rondar la cabeza de Marcelo Luján hace quince años, “cuando leí por primera vez **El extranjero**, de Albert Camus. En esa novela hay un pasaje concreto de nueve o diez líneas. Es un metatexto, en realidad. Y ocurre cuando el protagonista está en prisión y en la celda encuentra un trozo de periódico. Camus dice que era una noticia que al parecer había ocurrido en Checoslovaquia. Una noticia policial, terriblemente cruel, impactante. Años después, cuando ya tenía los primeros borradores de lo que terminaría siendo **Moravia**, descubrí **El malentendido**, obra de teatro que Camus publicó en 1945, dos años después de la primera edición de ‘El extranjero’. La pieza teatral nunca quise leerla porque mis intenciones eran desarrollar libremente la vida de ese hombre que regresa a su pueblo veinte años después de haberlo abandonado, y que decide darle una sorpresa a su madre y a su hermana”.

Cuando ya tenía la novela casi definida y se la contó a la escritora Ana María Shua “me sorprendió bastante que ella me dijera que esa historia era anterior a Camus, y que se trataba de un cuento popular muy antiguo, una suerte de leyenda urbana que tenía versiones en varios países de Europa y Asia. Me sorprendió y me alegró esa noticia porque tengo un respeto muy fuerte por las historias que pasan de generación en generación con ese mecanismo precioso al que denominamos tradición oral”.

Por otra parte, **Moravia** es “una tragedia en el sentido más estricto de la acepción. Una tragedia con un héroe que hace oídos sordos a su inexorable y fatídico destino. Procuré trabajar mucho la figura de su esposa porque es ella quien mejor le advierte que no vaya por aquel camino. La esposa hace las veces de oráculo, aun sin saber la desgracia que se avecinaba”.



Moravia

Marcelo Luján

Editorial Salto de Página, 18,50 euros, 176 páginas



Homo poeticus

Danilo Kiš. Acanalado, 2017

320 páginas, 20 euros